



Title	EI Escorial visto por un japonés el siglo XVI
Author(s)	Alvarez-Taladriz, J. L.
Citation	大阪外国語大学学報. 1963, 14, p. 1-9
Version Type	VoR
URL	https://hdl.handle.net/11094/80224
rights	
Note	

The University of Osaka Institutional Knowledge Archive : OUKA

<https://ir.library.osaka-u.ac.jp/>

The University of Osaka

El Escorial visto por un japonés el siglo XVI

J. L. Alvarez-Taladriz

El 23 de abril de 1563 se puso la primera piedra del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, con las solemnes circunstancias que narra Fray José de Sigüenza en su *Historia de la Orden de San Jerónimo* (1600). Así, este año, España se apresta a conmemorar la inauguración de las obras de uno de los monumentos más representativos de la historia hispana, y de una época en que la obra evangélica de España en Japón alcanzó la cima de su caridad heroica. El P. Sigüenza nos informa también haberse puesto la última piedra de “todo el cuerpo y cuadra” de El Escorial, “en lo que toca a la cantería”, en setiembre de 1584, exactamente el día 13. Dos meses después, el 16 de noviembre, se detenía ante la puerta principal del recién concluído monasterio una comitiva de jóvenes japoneses: Mancio Ito, Miguel Chijiwa, Julián Nakaura, Jorge de Loyola, Constantino Dourado, Agustín y un mozo, de nacionalidad china, a quien mercaderes portugueses habían reducido a esclavitud en Macao y al que Felipe II recibió en Madrid con afectuosa y democrática familiaridad.

Cómo llegaron desde su remota patria al collado en que se levanta El Escorial, cuya inmensa mole ofrecía un tinte aúreo aquel día de otoño, y la finalidad de su venida constituyen un episodio mayor en la historia de las relaciones hispano-japonesas; pero caen fuera de la intención de estas líneas, ceñidas a las que se escribieron por uno de los visitantes japoneses después de ver a El Escorial.

El texto, que quizá sale aquí por vez primera en castellano, está contenido en el *Tratado dos embaixadores japões que forão de Japão a Roma no anno de 1582*, debido a la pluma del gran cronista de la Compañía de Jesús en Japón, P. Luis Frois, S.J. (1532—1597), y que permaneció inédito hasta que lo sacaron a la luz, en Tokyo, el 1942, con muy erudita anotación, los historiadores J. A. Abranches Pinto, Yoshitomo Okamoto y Henri Bernard, S.J.

La descripción de El Escorial a que nos referimos coincide en lo más de su texto con la

que trae, abreviada, el coloquio 19: “De variis operibus a Philippo rege extractis, praesertim Escorialensi...”, *De missione legatorum japonensium ad Romanam curiam, rebusque in Europa, ac toto itinere animadvertis dialogus*, obra impresa en Macao, el 1590, cuyo original español del P. Alejandro Valignano, S. J. trasladó en pulcro latín su correligionario el P. Duarte de Sande, asistido por el P. Nicolás de Avila, castellano y de la misma Orden.

Los sabios editores del texto portugués y la documentada monografía que el P. Josef Franz Schütte, S.J. ha dedicado recientemente (Roma, 1954) a la obra latina esclarecen múltiples circunstancias de la redacción de ambos textos, y unos y otro concuerdan en que tanto el P. Frois como el P. Valignano —ninguno de los cuales visitó a El Escorial—, utilizaron como fuente las notas de viaje del grupo de muchachos japoneses, que hemos dejado a la entrada del monasterio. Así lo reconoce Valignano brevemente en el proemio: “...cuius res omnes a vestrae patriae legatis ad Romanam curiam missis diligenter sunt notatae...” Frois, preocupado siempre del dato concreto, admite en no menos de siete pasajes haberse limitado a lo escrito por sus informantes, y en testimonio de ello escribe en primera persona. Su prurito de exactitud le lleva a precisar que reproduce lo anotado por “uno” de los viajeros, y no falta ocasión en que llega a nombrarlo: “uno de los mozos japones, que acompañaban a estos señores, por ser curioso y muy buen escribiente de nuestra letra portuguesa, para después poder referir en su reino a sus naturales lo que viera ...de propósito se puso a anotar...descendiendo a los particulares...decía de este manera al pie de la letra, lo que para un japonés y mozo es cosa para admirarse...hasta aquí lo que escribió Constantino, japonés.”

Este Constantino, que arriba nombramos con el apellido de Dourado, nos parece haber sido el redactor principal de los apuntes de que se sirvieron Frois y Valignano, y concretamente de las noticias que de la visita de los jóvenes japoneses a El Escorial relatan ambos autores. Puede ser una mera coincidencia, pero no deja de servir de indicio esclarecedor que en los aposentos destinados a los viajeros, ya de vuelta, en el colegio de Coimbra, la única de las habitaciones de la que se puntualiza tener una mesa es la que ocupaba Constantino Dourado. Indicaremos algunos datos de su biografía al fin de la descripción de El Escorial, que le atribuimos, y cuyo tenor es el siguiente:

“Y media legua antes de llegar [a El Escorial] nos abrieron el jardín del rey [¿la Fresneda?] para que lo viésemos, y como era cosa para su recreo se puede inferir cómo será. Adornado con muy frescas y graciosas fuentes, muy acabadas y perfectas figuras y dos grandes estanques para peces, aves y cisnes, donde había muchos venados, conejos y otros varios animales.” Descripción a la que no lleva mucha ventaja la del P. Sigüenza: “unos hermosísimos jardines, parte de la misma naturaleza compuestos, parte con la industria, llenos de flores y frutos, mucha caza, venados, jabalíes, conejos, liebres, diferencia de aves y hasta copia de pescados...”

“Este Escorial está a un cuarto de legua del Monasterio de San Lorenzo, que dista siete leguas de Madrid. Y explicar con la pluma su suntuosidad, magnificencia y grandeza es imposible, porque aun los bien fundados y expeditos en la lengua no dejarían de trabarse y balbucir en muchas cosas, porque en realidad ellas no son explicables a quien no las viere. Baste decir que siendo la Majestad del rey Felipe uno de los principales monarcas del mundo tomó tan a pecho llevar esta obra adelante y ha puesto en ella tan grande caudal, que los efectos no podían dejar de ser tan admirables y grandiosos como confiesan todos los que los han visto presencialmente. Mas ya que no sea posible descender a los particulares de tan amplias y magníficas obras, trataremos breve y sucintamente, como de pasada, lo que vimos, para honra y gloria de Dios todopoderoso, a quien él desea amar y servir con tan precioso culto y veneración.

En la casa antedicha [la de D. Sebastián Santayo] comimos la primera noche [16 de noviembre], pero en las dos siguientes que allí nos detuvimos siempre comimos y fuimos agasajados por aquellos venerables religiosos, en un aposento muy bueno, dentro del monasterio, comiendo siempre con nosotros el Reverendo Padre Prior [Fray Miguel de Alaejos] y otro Padre [¿Fray Jerónimo de Sepúlveda?] con él, y además de recibirnos con mucho contento y alegría, tanto de su parte como de la nuestra, nos llevaron en coche a una huerta del rey, muy fresca, en la cual había muchas cosas que ver y tantos venados como en cualquiera otra parte pudieran andar ovejas. En este jardín hay calles muy frescas de arrayanes, de mil invenciones, otras de “pareiras” y de otros arboles diversos y yerbas odoríferas.

Entre otros muchos favores y agasajos que recibimos de aquel venerable Prior de tan

noble convento quiso, por su mucha caridad y virtud, con ser persona de tanto respeto y autoridad, acompañarnos siempre y ser guía de las cosas que habíamos de ver. Y fue este primer favor tan señalado que nos dijo no hacerlo sino al rey o personas reales. El segundo fue no haber cosa digna de ver en El Escorial que no nos la mostrase.

Por la mañana [17 de noviembre] temprano fuimos al monasterio en uno de aquellos coches de Su Majestad, con sus caballos blancos muy hermosos, acompañándonos siempre, a la ida y a la vuelta, un hidalgo a caballo, por orden del rey, y llegando a la sacristía oímos misa y empezamos a ver la cosa, y la primera cosa que nos mostraron fueron las reliquias, las cuales están a la mano derecha a la entrada, puestas en orden en un altar con gran concierto y veneración. Están allí 24 cabezas de [las once mil] vírgenes y nueve espinas de la corona de Cristo, muchos brazos de santos, embutidos en plata, once relicarios, siete grandes y cuatro pequeños, con muchas verónicas y reliquias, que sólo el verlas mueve a devoción y reverencia.

De allí fuimos a la librería [biblioteca], la cual es una sala muy grande llena de libros de diversas lenguas, algunos de ellos ricamente guarnecidos, y por la paredes muchos armarios y escritorios de gran precio, entre los que tenía el primer lugar uno que el obispo de Forli dio a la Compañía y la Compañía regaló al Papa Pío V y Su Santidad mandó al rey Felipe. Dos globos de mapas grandes y ricos. En la puerta de entrada hay dos crucifijos devotos y dos imágenes pintadas muy grandes, quince medianas y veinticuatro pequeñas. Dos faroles grandes de latón, más altos que un hombre, que se tomaron en la guerra naval de los turcos, y una bandera del mismo turco. Además están allí cuarenta y una cajas, a saber, diez y seis de tres órdenes y veinticinco de cuatro, y cada una de ellas tiene veinticuatro palmos de largo, y muchas otras cosas menudas.

De allí fuimos a otra cámara [la librería del coro] donde estaban 213 libros de canto y bien guarnecidos, costó cada uno de estos 200 cruzados, de cinco palmos de alto y cuatro de ancho; están escritos a mano, pero tienen algunas hojas estampadas y hacerlas e iluminarlas costó cada una de las hojas 1200 reales de hechura.

En la puerta de la primera librería hay un cuadro escrito con letras, de tal manera que leyendo desde el centro hacia adelante o hacia atrás y por los lados siempre dice la misma cosa, y la escritura será de cuatro palmos de largo y dos de ancho, cosa que en verdad

uno huelga de ver.

Fulmos a una cámara donde había muchos armarios y algunas reliquias en ellos, y en la antecámara siete estantes ricos y en ellos, entre grandes y pequeñas, 60 imágenes de Cristo nuestro Redentor, de Nuestra Señora y de varios santos, y 24 cuadros de Papas y cardenales.

En esta cámara estaba una hidria de piedra de cuatro palmos y medio de alto y seis en rueda, que es una de aquellas en que el Hijo de Dios convirtió en vino el agua en las bodas de Canaán de Galilea. En la misma cámara hay un misal escrito a mano con riquísimas iluminaciones y rara hermosura y perfección en las figuras, todo guarnecido de plata y oro; dicen que no tiene precio, con el cual celebra la misa las fiestas solemnes el superior de aquel convento. Un terno rojo riquísimo con muchas piedras preciosas de gran valor. Otro de oro, igual a éste, con sus mangas de lo mismo para la cruz, y de aquella suerte todos los ornamentos necesarios para officiar misa y vísperas. Había allí otros muchos ternos, mas no de tanta riqueza como estos dos. Un candelabro de latón en que se ponen 24 candelas, y otro de plata muy rico. Veinte mangas de cruz riquísimas con todos sus paramentos, para con la diversidad de colores que tienen servir en las fiestas de los santos según el orden romano.

Al pasar de la sacristía hay tres escaleras por las que se sube al piso de arriba y cada una de ellas tiene 73 escalones y cada escalón tiene 12 pies de largo, y cada uno de ellos es de una sola piedra.

Una botica para los enfermos abundantísima, llena de toda fragancia y suavidad de odoríferos y aromas preciosos, con todo el servicio de plata.

Dos refectorios, uno para los enfermos y otro para la comunidad. El primero tiene tres mesas y cada una con ocho servicios, puestos en muy buen orden. El de la comunidad tiene ocho mesas grandes con 48 servicios, dos púlpitos, uno a mano izquierda y otro a mano derecha, donde se lee. Al entrar tienen tres puertas principales y desde dentro dos más pequeñas.

La iglesia tiene cuarenta altares, todos de piedra, y dos gradas a los lados en medio de la iglesia. La sacristía tiene trece ventanas abajo y siete arriba; es de 116 pies de largo y 36 de ancho. A mano derecha e izquierda del altar mayor están los cuerpos del emperador

y reyes de España y gente de sangre real. En el coro están otros dos órganos pequeños y debajo de ellos dos altares en que se dice misa. La iglesia tiene 64 columnas de cuatro brazas de rueda, todas de piedra, y tiene cuatro lugares donde se dice misa, pero no se usan más que tres.

En la puerta de la iglesia, en la parte de fuera, están seis estatuas de piedra riquísimas, cada una de 24 palmos de altura. A mano derecha están tres, a saber, Manases, Josafat y Salomón, y a la izquierda David, Ezequías y Josías.

En el coro hay 65 sillas de cuatro o cinco clases de madera, que trajeron de la India Occidental, representan gran majestad y están labradas ricamente.

En este monasterio hay 14 patios grandes y 12 más pequeños y todos tienen 11 pórticos en cada cuadro, y cada pórtico es de 15 palmos, aunque los pequeños no tienen tanto, y las columnas que tienen entre los pórticos tiene cada una siete palmos de circunferencia.

Hay nueve torres con 42 campanas que se tañen con las manos y con los pies, y esto es una manera de órgano, y cada escalera para subir a ellas tiene 160 escalones.

En esta obra y maravillosa fábrica, que hace 24 años que se comenzó, dicen que andan de continuo trabajando en ella dos mil hombres cada día, y se habrán gastado en ella cinco millones de oro. Dicen que tiene por dentro y por fuera once mil ventanas y puertas. Posee cincuenta mil cruzados de renta, y ordinariamente residen allí cien frailes. Tiene esta casa seis pisos y cada piso tiene seis órdenes en cuadro, y en cada orden 29 ventanas; de un piso a otro hay más de 20 palmos de altura, y algunos más de 30.

Tiene además siete torres y en la cumbre de cada una de ellas una bola hueca grande dorada, en que dicen que podrían caber, en algunas de ellas, doce, y en otras, ocho personas. Y por la parte donde se aposenta el rey está todo lleno de jardines fresquísimos.

También fuimos a ver la ropería, que es una sala grande donde están todos los vestidos de los frailes, cada uno con su nombre, y colgados en sus cuerdas en cuadro, y cada cuadro tiene 44 vestidos.

Llevamos papel y tinta de Japón y un libro en nuestra letra y caracteres para mostrarles nuestro modo de leer y escribir, y para expresarles con ello de alguna manera nuestro agradecimiento por su amor y caridad, cosa que los frailes estiman mucho. Y yendo a la librería nos mostraron un libro con letras de muy varias y diversas naciones, incluso la letra

de los chinos; mas por faltarle la de Japon, nos pidieron que para quedar memoria nuestra en aquella casa, les dejásemos alguna cosa por escrito, y, así, el Hermano Jorge escribió en una hoja de papel de Japón, que se llama *torinoko*, el tiempo [17 de noviembre] en que los señores japones vinieron allí, dónde y para qué fin y algunas alabanzas de Su Majestad y de aquella casa, junto con su declaración en castellano. También nos pidió el Superior los Mandamientos en letra de Japón; se los dimos y dijo él que enseguida lo había de mostrar a Su Majestad, y así lo hizo.

Los señores japoneses para ganar el Jubileo se confesaron y comulgaron, y despidiéndonos de aquellos venerables religiosos nos volvimos para Madrid en los coches de Su Majestad [18 de noviembre].”

× × ×

Constantino Dourado nació el año 1567 en Isahaya, localidad próxima a Nagasaki, hoy parte de esta provincia, en el antiguo reino de Hizen. Entró al servicio de la Compañía de Jesús el 1581, en calidad de *doshuku*, criado y educando, probablemente en el Seminario de Arima. El P. Visitador Alejandro Valignano le escogió para acompañar a los hidalgos japoneses en el viaje a Europa, y con ellos partió de Japón el 1582. De su estadía en Toledo, el 1584 (29 set.-19 oct.), el año antes de pintarse el “Entierro del señor de Orgaz”, nos ha dejado una notable y casi desconocida descripción de la ciudad y de su visita a Juanelo Turriano, que hubiese deleitado a don Gregorio Maraón. La noche del 29 de noviembre de dicho año, entre Alcalá y Villarejo de Fuentes, en un paso agreste y dificultoso, resbaló y volcó la carroza en que iba, escapando ileso del percance “absolutamente librado por su Angel de la Guarda”. Mientras estuvo en Portugal aprendió a abrir matrices de imprenta. Suya puede ser la viñeta de la portada del tomo primero del *Cathecismus christianae fidei*, Lisboa, 1586, que, comparada con la del tomo segundo, acusa la inseguridad y asimetría de mano primeriza. En el viaje de regreso, familiarizado ya en el manejo de la imprenta de tipos móviles, dirigió en Goa, 1587, la impresión de un discurso latino de su compañero Martín Hara, “excudebat Constātinus Dourat’ Iaponius”, que siendo tan buen latinista quizá no se limitó a la composición tipográfica de la obra. Es presumible su colaboración en la impresión de otros dos libros en Macao los años 1588 y 1590, uno de ellos el arriba citado diálogo *De missione legatorum japonensium*, donde un descuido

de principiante hace que alguna de las letras iniciales historiadas, cortadas por él, saliese invertida —v. gr., la de la página 232. En Macao prosiguió al mismo tiempo sus estudios de latín. De vuelta en Japón trabajó en la imprenta de la misión en Katsusa y Amakusa. El 4 de octubre de 1595 fue recibido como Hermano en la Compañía de Jesús, a la que venía sirviendo casi tres lustros. Fue maestro de latín 12 años en el Seminario de Arima, donde también enseñó varios años el clavicordio. En noviembre de 1614 había cursado año y medio de Casos de conciencia. La persecución general de este año determinó su destierro a Macao. Entre enero de 1616 y junio de 1617 fue ordenado sacerdote. El año siguiente era rector del Seminario de la Compañía en Macao, y aquí falleció el 30 de junio de 1620.

Constantino Dourado, si bien sólo llegó a “saber mediocrementemente las letras de Japón”, sobresalió por la bella caligrafía en las letras europeas, y por ello sirvió de amanuense para copiar las varias vías de la abrumadora correspondencia de Valignano, que éste dictaba casi exclusivamente en español.

¿Por qué tomó Constantino el nombre Dourado? No es frecuente que los japoneses al bautizarse cambiasen su patronímico, aunque podrían citarse varios ejemplos de ello, sobre todo en japoneses bautizados en Manila. Desde luego el caso del H. Jorge de Loyola es excepcional. Alguna rara vez encontramos en uso la traducción portuguesa del nombre japonés, así, el compañero de viaje de Constantino, Martín Hara es nombrado en varios Catálogos de la Compañía Martín Campo (*Hara* 原 = ‘campo’). En docenas de portugueses que estuvieron en Japón no hay uno sólo que llevase el nombre adoptado por Constantino. ¿Hubo algún Dourado entre sus maestros de tipografía o música en Portugal? ¿Acaso del cartógrafo Fernão Vaz Dourado, autor de un conocido mapa de Japón? Hay nombres japoneses inevitablemente malsonantes a oídos portugueses y españoles. Uno de este género y en cuya grafía japonesa entra el carácter que significa oro es Kanaya 金谷, 金屋. Este pudo haber sido el de la familia de Constantino y por ser un insulto para portugueses y españoles lo tradujo en Dourado para evitar aquel inconveniente, sobre todo debiendo pasar varios años por tierras de España y Portugal. Puestos a conjeturar cabría la explicación de que, así como en portugués y en español se llama “pico de oro” al hombre elocuente, dicción que tiene correspondencia en japonés *kinoko* 金口, se le llamase a Constantino “pluma

de oro” o “Letras de oro”, giro este último corriente en lengua japonesa *kinji* 金字 y recogido en el *Vocabulario da lingua de Japam*, Nagasaki, 1603.

Mas volvamos a El Escorial visto por Constantino Dourado. Su descripción es más enumerativa que estimativa. Los adjetivos más frecuentes se refieren al tamaño de los objetos y a su número, que registra con prolijidad casi enfadosa. Sería injusta la comparación de estas notas de un viajero adolescente con la sosegada y admirable narración del P. José de Sigüenza; pues aparte de que la *Historia* de éste arriba citada es en sí —son palabras de Unamuno— “el Escorial de la literatura clásica española” —el P. Sigüenza pasó la plenitud de su vida como bibliotecario y prior del monasterio. Con todo, la preocupación casi exclusivamente numérica de Constantino, la visión de El Escorial en fríos guarismos de catálogo o inventario ¿no podría interpretarse como un ejemplo típico de la actitud japonesa ante la cultura europea? Se ha escrito que Roma nunca acertó a colaborar con Grecia; que, en rigor, nunca llegó a comprenderla. “La cultura romana es, en los órdenes superiores, totalmente refleja—un Japón occidental”. Pero aquí no vamos a someter a escrutinio a esta opinión de Ortega y Gasset, escrita en el mismo ensayo en que llama a El Escorial “nuestra gran piedra lírica”. ¿Su impacto en la mentalidad del joven observador japonés la quebró en millares de ventanas, decenas de escalones, torres mayores o menores? ¿Esta preocupación por la cantidad es una expresión del materialismo? ¿Da esta interpretación materialista una clave del fracaso numérico de la propagación del cristianismo en Japón? ¿De su aceptación de la técnica y hermetismo ante los valores ideales de la cultura europea? ¿O viene todo de estar ya saturado de un idealismo no menos válido ---excepto en lo religioso— que el europeo? El sugestivo tema ha de quedar para su ocasión, la presente es sólo la de ofrecer, con ademán de humilde pleitesía, a El Escorial, en el IV centenario de su *primarius lapis*, lo único que hemos tenido a mano, rebuscándolo a una distancia de cuatro siglos para enviarlo a la que todavía hoy sigue siendo una inmensa lejanía geográfica.